

perseguidor. Y ¿quién es hoy el perseguidor? Hasta inútil sería el intentar demostrarlo.

## SECCION DE TEOLOGÍA DOGMÁTICA.

### EL DARWINISMO ANTE LA CRÍTICA.

#### I.

El sistema de Darwin se reduce á suponer:

- 1.º Que Adán no fué el primer hombre.
- 2.º Que ántes, muchos siglos ántes que Adán existiese, ya existían los hombres.
- 3.º Que el hombre no fué formado por Dios como enseña la Sagrada Escritura.
- 4.º y último. Que el hombre proviene de una *selección natural* ó de una transformación sucesiva de los seres más simples que han ido poco á poco pasando á ser los más complicados.

Fácil es comprender que este sistema lleva consigo:

- 1.º La negación de la Revelación, ó la autoridad divina de los Libros sagrados.
- 2.º La negación de la Divina Providencia.
- 3.º La negación de la creación del hombre.
- 4.º La afirmación de la eternidad de la materia.
- 5.º y último. La profesión del más repugnante materialismo.

Basta y sobra con solo fijarse en esto para persuadirse de que la Iglesia no puede menos de rechazar y de que, por lo mismo, el Sr. Arzobispo de Granada ha hecho una y mil veces bien en reprobó y anatematizar el tan absurdo como impío sistema de Darwin.

Los darwinistas han adoptado un método bastante singular para evitar el ridículo y producir efecto al exponer sus tan extrañas ideas. A su decir, un hombre de sana razón no puede menos de despreciar el dogma católico y aceptar el sistema de Darwin.

Uno de los más célebres materialistas, Büchner, exponiendo y defendiendo el sistema de Darwin, dice: «La doctrina de los teólogos acerca de la creación, es contraria hasta al sentido comun. La opinión popular acerca de la creación ha sido aniquilada por la *opinión científica*. La *ciencia moderna* ha concluido con el *Adán bíblico* y con la *hipótesis hebraico-cristiana*. Los *hombres de ciencia* oyen hablar de estos *mitos judaicos* con la sonrisa de la compasión ó del desprecio en sus labios. Los *descubrimientos científicos* han demostrado con *toda evidencia* que el hombre es tan antiguo que en comparación de los millones de siglos que ha vivido, los seis mil años que le señala la Biblia *no son más que un momento*» (1).

Esta *vana palabrería*, que no es otra cosa, produce, sin embargo, efectos, por desgracia, bastante considerables. Hay hombres de corazón débil é inteligencia escasa que, sin comprender ni conocer siquiera el sistema de Darwin, lo aceptan, no obstante, solo porque no se diga de ellos que conservan la *preocupación popular*, y no admiten la *opinión científica*.

Sin embargo, los hombres de claro entendimiento compadecen á los que así proceden y dicen con voz muy alta que lo que verdaderamente degrada es aceptar el sistema materialista de Darwin, que no solo no se apoya en razón ninguna, sino que tiene contra sí todos los resultados del raciocinio y de la experiencia. El sistema de Darwin hace recordar involuntariamente la fábula del asno que, cubriéndose con la piel del león, intentó infundir terror y espanto en las selvas. En efecto, el sis-

tema de Darwin, por más que en lo exterior aparezca cubierto con la piel del león, en lo interior no es ni más ni menos que el *asno despreciable*.

Y no se diga que *profanamos la filosofía* al valernos de esta metáfora. Cuando se refuta un sistema que niega á Dios, excluye la razón y degrada al hombre convirtiéndolo en mono, no es posible faltar á ningun género de conveniencias, aunque se recuerden fábulas como las que acabamos de recordar.

Lo repetimos. El darwinismo solo podrá parecer aceptable á quien, ó no lo haya estudiado, ó tenga un entendimiento tan obtuso que no lo pueda comprender. Todo el que no se encuentre en este caso, al oír exponer una hipótesis tan arbitraria, tan absurda, tan ridícula y hasta tan degradante, pensando en su propia dignidad, no podrá menos de rechazar hasta como un insulto su exposición.

Pero, entrando en otro género de consideraciones, ¿qué es lo que hay en el fondo mismo del sistema de Darwin? ¿Qué es lo que arrojan de sí esos hombres de ciencia, esa opinión científica y esos descubrimientos científicos que para embaucar á las gentes imbeciles tanto se ponderan?

¡Ah! En el fondo de este sistema no hay ni más ni menos que hipótesis absurdas y suposiciones ridículas.

Esto parecerá quizá demasiado fuerte; pero despues se demostrará que solo es estrictamente justo.

Castrini, filósofo materialista y darwinista, confesando mal de su grado la absurdidad de su sistema, dice: «Los datos geológicos que poseemos son imperfectos. La antropología es todavía muy jóven para que pueda enseñar cuanto se necesita saber acerca del hombre. Por esto, por ahora al menos, es preciso que nos contentemos con meras hipótesis. Hasta ahora no ha podido encontrarse el fósil arquetipo del hombre y del mono» (1).

Otro filósofo materialista, Pouchet, confesando también á su pesar la impotencia del darwinismo, exclama: «La geología es una grandiosa inscripción; pero alterada para siempre. Así es que como esta inscripción es ilegible, no podemos averiguar hoy y acaso no podamos averiguar nunca cuáles y cuántas fueron las especies de animales que dieron origen al vertebrado primordial que consideramos como tronco del cual procede el hombre» (2).

Otro filósofo materialista ya citado, Büchner, cediendo á la fuerza irresistible de la evidencia que lo llena de confusión, se ve obligado á hacer la confesión siguiente: «El terreno sobre el cual caminamos es tanto menos seguro cuanto que con frecuencia nos vemos en la necesidad de auxiliar á la razón con la imaginación, recurriendo, por falta de datos, á conjeturas y suposiciones. Así es que nuestro antepasado el hombre mono ó el mono hombre nos es todavía desconocido» (3).

De lo expuesto se deduce con toda evidencia que el materialismo de Darwin, como todo sistema de su propia índole, si comienza por ofrecer mucho para fascinar á los incautos, concluye por parodiar la fábula del parto de los montes ó por no hacer nada porque es materialmente imposible el que cumpla algo de lo muchísimo que promete.

Añádase á esto la circunstancia de que los mismos darwinistas, léjos de estar contestes, se contradicen con suma frecuencia.

Canestrini, por ejemplo, dice:

«El hombre no procede del mono ni de los cuadrumanos que hasta ahora se han supuesto, sino de un tipo anterior y comun á estos» (4).

De modo que Canestrini niega que el hombre procede

(1) Todo esto lo dice Büchner en su obra titulada *El Hombre considerado segun los resultados de la ciencia*. Como se ve, el título no puede ser menos modesto. Ya veremos despues si su inmodestia es justificada.

(1) *Origine dell' Uomo*, c. 9.

(2) *La Pluralité des races humaines*.

(3) Véase su obra *Force et matiere*.

(4) *Origine dell' Uomo*, c. 9.



del mono; pero afirma, porque quiere afirmarlo, y sin prueba ninguna, que procede de otro animal *no conocido*.

Büchner, impugnando, quizá sin advertirlo, su propia teoría, dice: «En cuanto á mí, no sé que nadie haya sostenido formalmente que el hombre descende de uno de los monos contemporáneos ó que ahora se conocen.»

De modo que para el materialista Büchner, lo irracional no es el que el hombre descienda del mono, sino el que descienda de un mono conocido. Y ¡se dice que esto es filosofía!

Quatrefages, naturalista muy conocido, intentando resolver este problema, dice: «No soy teólogo ni hablo como teólogo; pero soy filósofo y en nombre de la *verdad científica* debo confesar que la *ciencia* no puede decir aún cuál es el origen del hombre; pero puede afirmar que no procede de un mono.»

Vot, materialista y darwinista, que ántes no hallaba inconveniente en que el hombre descendiese del mono y que hasta creía honrarse suponiéndose descendiente de un mono más bien que de Adán; convencido de su error, dice ahora, sin que se sepa por qué, que no es cierto que el hombre descienda del mono, pero que puede admitirse que descende de otro animal *aún no conocido*.

El mismo Darwin, en la última obra que ha publicado, al hacer la aplicación de su sistema al hombre, cosa que ántes no había hecho, mostrándose en disidencia con sus amigos y discípulos, sostiene que el arquetipo del hombre es en realidad el mono.

Fijando la atención en estas contradicciones, nada tan fácil como el echar de ver que el darwinismo es una novela, ó un sistema poético, en el cual cada filósofo, creyéndose pintor ó poeta, pinta lo que quiere, ó dice lo que se le antoja.

Y ¡que haya, no obstante, quien intente defender el darwinismo en nombre del *progreso científico*!

## II.

El darwinismo se apoya en palabras, en hipótesis y en argumentos, que debemos examinar.

Las *palabras* son las siguientes:

«Los seres orgánicos están constantemente haciendo evoluciones ó sufriendo transformaciones. En los seres orgánicos existe un principio que se llama la *selección natural*, que es la causa de que unos seres se transformen en otros.»

Y ¿qué prueba esto? Las *evoluciones*, las *transformaciones* y la *selección natural*, por sí solas no son ni más ni menos que huecas palabras. ¿Qué es, pues, lo que significan en este caso? ¿Qué hechos demuestran que las evoluciones de los seres orgánicos dan lugar á transformaciones en virtud de las cuales una piedra, siguiendo la escala darwinista, acaba por convertirse en un hombre? Ninguno, absolutamente ninguno.

Y ¿qué es eso de la *selección natural*? Los antiguos escolásticos, cuando tropezaban con una causa desconocida, la designaban con el nombre de *causalidad oculta*. Los darwinistas, que tanto se mofan de los escolásticos, apelan, no obstante, á la *selección natural*, que no es ni más ni menos que el conjunto de dos palabras sonoras encaminadas á suplir con el ruido que producen, la significación real de que en este caso carecen.

Las palabras, pues, en que se apoya el darwinismo, no tienen valor ninguno; fijémonos ahora en sus hipótesis.

El mismo Büchner, dice: «Todos los raciocinios filosóficos que se separan de los hechos y de la realidad de las cosas, por este solo hecho se hacen inmediatamente ininteligibles y absurdos» (1).

Esto no obstante, el propio Büchner, olvidándose de esta máxima, ó cediendo á la ley de la necesidad, exclama:

«Las hipótesis y las presunciones son los auxiliares más eficaces del *progreso científico*.»

Tenemos, pues, por confesión del mismo Büchner:

1.º Que los auxiliares más eficaces del darwinismo son las hipótesis y las presunciones.

2.º Que las hipótesis y las presunciones, por apartarse de los hechos y de la realidad de las cosas, son ininteligibles y absurdas.

¡Qué dos bases para un sistema *filosófico*!

Examinemos ahora el tercer fundamento del sistema darwinista, ó sean los argumentos que se aducen en su favor.

Dice Darwin: «Todo animal tiende á multiplicarse en progresión geométrica.»

Esto no tiene nada de nuevo. En el *Génesis*, cap. I, vers. 22 y 28, se habla ya de la ley impuesta por el mismo Dios á los animales, tanto irracionales como racionales, para que crecieran, se multiplicasen y llenasen la tierra. Pero ¿qué se infiere de aquí? De que todo animal tienda á la multiplicación de su especie, ¿puede acaso deducirse que tiende también al cambio de especie? Por el contrario; lo que enseña la experiencia es que en todo animal hay instinto de conservación, no de destrucción. Las aves, vg., tienden á multiplicarse como aves, no á desaparecer como tales aves para convertirse en reptiles, por ejemplo. ¿En qué hecho podrá apoyarse Darwin para hacer creer que la tendencia á la multiplicación lleva á la tendencia á la desaparición por medio de la transformación? ¿Qué hechos prueban la existencia de esa *selección natural*, inventada por Darwin, en virtud de la cual los animales están siempre conspirando contra la existencia de sus respectivas especies?

La verdad es que la teoría de Darwin solo puede apoyarse en la experiencia y la observación, y la observación y la experiencia le son en todo contrarias.

Añade Darwin: «El organismo avanza, y se transforma insensiblemente, y de grado en grado, *por la ley de la divergencia de caracteres*.»

De modo que, aunque esto se ignorase por completo, según Darwin, existe en todo organismo una cosa que se llama *ley de divergencia de caracteres*, contraria al instinto de conservación, en virtud de la cual, todo cuerpo orgánico tiende á transformarse ó á desaparecer.

En cambio, destruyendo este principio, dice también Darwin: «Pero cuando los órganos tienen una forma bien determinada, se detienen, cesan sus transformaciones y producen, según su tipo determinado, *por la ley de la permanencia de los caracteres*.»

De manera que en el sistema de Darwin tenemos:

1.º Una ley de divergencia de caracteres que arrastra á la transformación ó desaparición de las especies orgánicas.

2.º Otra ley enteramente contraria, que se llama ley de la permanencia de los caracteres, que impide la transformación y conspira á la conservación de las especies.

¿Es esto reírse del mundo? ¿Merece esto el nombre de filosofía?

Veamos otro argumento y á la vez otro principio de Darwin. «Los descendientes, dice, se separan cada vez más del tipo primitivo hasta constituir las especies diversas.»

De modo que, según esto, la descendencia es como un principio de divergencia específica. El hijo se distingue en algo del padre, el nieto se distingue más, y así sucesivamente se van aumentando las diferencias hasta que llega un grado en el cual el último descendiente es de una naturaleza que en nada se parece á la del primer ascendiente. Según esto, las manzanas de hoy no se parecen en nada á las manzanas del Paraíso, y el hombre que hoy vemos no es ni con mucho lo que era el hombre en los tiempos de Adán. Y ¿qué razón tiene Darwin para afirmar esto? La misma, exactamente la misma que han tenido otros filósofos para negar el movimiento ó la exis-

(1) *Force et matiere*, c. 15.



tencia de los cuerpos. ¿Hay acaso un solo hecho que no sea contrario, diametralmente contrario á la absurda teoría de Darwin?

Pero este sistema se contradice por sí mismo. Hachel, materialista y darwinista, considera como principio fundamental de su escuela el siguiente principio: «Está probado, dice, por inducción, que todos los vertebrados tienen un origen común.»

Pero, ¿cómo se ha probado esto? ¿Cuándo se ha hecho esta inducción? Entre los vertebrados hay mamíferos, aves, reptiles, peces y anfibios. Y ¿quién ha hecho ver que los mamíferos descienden, por ejemplo, de las aves ó que las aves y los peces descienden de un arquetipo ó de un animal perteneciente á un género desconocido, pero vertebrado? ¿Se conoce ó no se conoce ese arquetipo? Si se conoce, ¿por qué no se dice cuál es? Si no se conoce, ¿cómo se asegura que era vertebrado? Y si no se asegura que era vertebrado, ¿cómo se supone que todos los vertebrados tienen un origen común?

Además, ¿no dice Darwin que los descendientes se separan cada vez más del tipo primitivo? Y si se separan cada vez más del tipo primitivo, ¿cómo puede buscarse este tipo siguiendo la escala de las semejanzas?

Darwin, cayendo en otra nueva contradicción, sienta el siguiente principio: «No hay semejanza en los seres que no indique un origen común.»

Este principio va encaminado á hacer creer que todos los animales que tengan órganos semejantes tienen idéntico origen. De modo que, como casi todos los animales tienen, vg., ojos, casi todos tendrán idéntico origen. El hombre tiene ojos. El mono también los tiene. ¿Bastará esto para asegurar que el hombre proviene del mono como lo aseguran los darwinistas? Pero entonces resulta que, como también tienen ojos el águila y la hormiga, con igual razón podrá decirse que el águila y la hormiga son los arquetipos ó los tipos primitivos del hombre. ¡Cuán absurdo es todo esto!

Y adviértase que este argumento es el que llena, por decirlo así, todas las páginas de las obras de Darwin. Su argumento fundamental se reduce á demostrar una erudición inmensa en zoología enumerando todas las especies de animales que tienen órganos parecidos á los del cuerpo humano. Esta erudición podrá ofuscar y alucinar á los hombres de escaso entendimiento; pero, en el caso presente, y con el fin á que se encamina, ¿qué fuerza puede tener? Ninguna.

En efecto, Darwin dice: «Todo animal cuyos órganos son semejantes, tienen idéntico origen. Es así que el hombre y el mono tienen órganos semejantes. Luego tienen un mismo origen.»

Este silogismo es un verdadero sofisma. La proposición mayor es completamente falsa. La semejanza de órganos no indica identidad de origen. El hombre se distingue esencialmente de todos los animales, no solo por sus formas físicas, ó por su organismo, sino también por su inteligencia, que tan brillante es, y por su razón que tantas pruebas da á todas horas de su existencia.

En el animal irracional no ha habido ni hay progreso. El animal más inteligente vive hoy como vivía hace cincuenta siglos, sin haber adelantado nada en la manera de preparar su nido ó su cueva por ejemplo. En el hombre sucede todo lo contrario. ¡Cuántos progresos en la manera de labrar sus casas, de hacer sus vestidos, de preparar sus alimentos, en su industria, en sus lenguas, en sus ciencias y en todo! Pero, ¿á qué nos fatigamos en esto? Para negar la diferencia que existe entre el hombre y el bruto es preciso negar la civilización entera.

¿Hay civilización en el hombre? Sí. ¿Hay civilización en el bruto? No. Luego entre el hombre y el bruto existe una diferencia, que es el origen y la causa de la civilización. Luego en el hombre hay parte intelectual y moral que no existe en el bruto. Luego, aun aceptando el principio de la identidad de origen cuando existe la identidad de formas, no puede de ningún modo ad-

mitirse que el hombre y el mono tengan un mismo origen, porque el hombre tiene razón, de la cual el mono carece por completo.

Veamos otro principio de Darwin: «Toda variedad bien definida, dice, debe considerarse como una especie naciente.»

De modo que como todas las especies ó variedades animales que hoy existen están bien definidas, por necesidad se ha de convenir en que todas son... especies nacientes.

¡Especies nacientes! Pero ¿cuándo nacieron? ¿Cuándo comenzaron á existir? El propio Darwin dice: «Hay especies que al menos en cuanto al esqueleto, no han sufrido variación desde el período glacial y aun desde época más remota.»

Esto quiere decir que no hay memoria ninguna de que estas especies hayan sufrido la más leve variación. Y, entonces, ¿cómo se dice que son especies nacientes?

¡A cuánto arrastra el fanatismo de los empeñados en desmentir á Moisés haciendo creer que el mundo es muchísimo más antiguo que lo que la Iglesia Católica cree!

Y sigue Darwin: «Las especies se derivan las unas de las otras con una *continua metamorfosis*.»

Pero, si esta metamorfosis ó transformación es continua, ¿por qué no se advierte? Sabemos perfectamente lo que eran muchos animales en los tiempos de Homero, y consta que son enteramente iguales á los que hoy existen de la misma especie. ¿A qué, pues, se reduce esa transformación que tanto se pondera?

En el extremo más meridional de la Florida (América) hay cuatro grandes bancos formados por una inmensa acumulación de moluscos. Los mismos darwinistas, que conocen estos bancos, dicen que tendrán por lo menos doscientos siglos. No tienen tanto, ni muchísimo menos. Concedámoslo, sin embargo, por vía de hipótesis.

Los moluscos que forman esos bancos y que, según se supone, vivieron hace doscientos siglos, son enteramente iguales á los moluscos de la propia especie que viven hoy en las aguas de la Florida ó en el Golfo de Méjico. Y si existen las continuas transformaciones de que se nos habla, ¿cómo es que los moluscos hoy vivientes no se diferencian de los que murieron hace ya tantos y tantos siglos?

Darwin, con el fin de eludir la dificultad, apela á los siglos para ocultar la absurdidad de su sistema entre la pavorosa oscuridad de los tiempos. Así es que examinando este mismo argumento dice: «No bastan cuarenta siglos ni cincuenta, ni doscientos para hacer perceptible el efecto de la *selección natural* ó el cambio en una especie.»

¿Si, pues, doscientos siglos no bastan ni aun para hacer perceptible el cambio, cuántos millones de siglos se necesitarán para que el cambio sea completo? ¿Cuánto se reirán á sus solas estos filósofos de las gentes inocentes que, extraviadas por la vanidad, dan crédito á sus impías extravagancias!

Pero refutemos directamente la respuesta de Darwin.

Sabido es que en los últimos años se han encontrado muchísimos animales fósiles. Sin embargo, como confiesa el mismo Darwin, «entre los fósiles no hay ninguno que no sea de especie *determinada* y correspondiente á las especies que hoy existen.»

Y si los fósiles que se han encontrado todos, sin excepción, pertenecen á las especies determinadas y conocidas, ¿cómo se asegura que ántes existieron otras especies no conocidas é indeterminadas? ¿Hay algo que revele ó que sea indicio siquiera de su existencia? No.

Por otra parte, si existiesen las transformaciones de las cuales se habla, por necesidad hubiera habido:

1.º Epoca de la transformación de la materia inorgánica en materia orgánica vegetal.

2.º Epoca de la transformación de la materia vegetal en materia animal.



3.º Epoca de la transformacion de la materia animal indeterminada en los zoófitos.

4.º Epoca de la transformacion de los zoófitos en los moluscos.

5.º Epoca de la transformacion de los moluscos en los articulados.

6.º Epoca de la transformacion de los articulados en los vertebrados.

7.º Epoca de la transformacion de los vertebrados irracionales en el vertebrado racional.

Ahora bien; estas épocas, que en la hipótesis darwinista no han podido menos de existir, han debido ser de miles y aun de millones de años. Por otra parte, en estas épocas intermedias necesariamente ha debido haber especies ó variedades intermedias, ó sean animales que al pasar de una variedad á otra tuviesen parte de la variedad antigua que dejan y de la variedad nueva que reciben. Y ¿existen fósiles de estos animales *intermedios*? ¿Existen especies mistas de zoófitos y moluscos, de moluscos y articulados, ó de articulados y vertebrados? De ninguna manera.

¿A qué, pues, se sienta como un principio científico lo que solo es una suposición ridícula ó un rasgo novelesco?

Darwin, en apoyo de su sistema, recuerda que el hombre multiplica las especies cruzándolas. Esto es cierto; pero también lo es:

1.º Que el cruzamiento de las especies se verifica solo tratándose de especies muy afines.

2.º Que este cruzamiento suele ser muy estéril y dar resultados de muy escasa duracion.

3.º Que el cruzamiento en los vegetales da lugar á las plantas híbridas, que tan poco valen, y tan escasa vida tienen.

4.º Y último. Que el cruzamiento en los animales, además de no poder tener lugar sino entre especies muy parecidas, nunca logra una identificación completa.

Aun entre los hombres, la union de negros y blancos da lugar á la produccion de una especie en la cual cada elemento tiende siempre á conservarse y á conseguir su separacion. Los naturalistas designan este fenómeno con el nombre de salto atrás de las razas.

De lo cual se infiere evidentemente que el hombre, por medio del cruzamiento artificial, no ha podido dar nunca origen á un género nuevo, ó á una especie que se distinga esencialmente de las dos que se cruzan. Luego de esto no puede inferirse nada que corrobore el principio de Darwin relativo á la transformacion sucesiva de las especies.

Por conclusion, veamos ahora qué razones tienen los darwinistas para hacer creíbles sus absurdas suposiciones.

Darwin dice: «*Acaso* todos los animales puedan reducirse á cuatro ó cinco formas primitivas. *Acaso* sean menos de cuatro ó cinco estas formas. *Acaso* no haya más que una que sea arquetipo de todas las demás.»

¿Acaso! ¿Basta quizá repetir la palabra *acaso* para poder negar la evidencia ó desmentir á Moisés?

Un célebre darwinista, Maillet, dice: «*Yo creo* que el pez se convierte en ave, como la crisálida en mariposa.»

¿Yo creo! Aquí no basta decir *yo creo*. Lo que se necesita es demostrar que lo que se cree no es absurdo. La transformacion de la crisálida en mariposa, no solo no tiene nada de extraño, sino que los naturalistas la comprenden y la explican perfectamente bien. Y ¿por qué no se ve en el pez nada que lo acerque al ave como se ve en la crisálida tanto y tanto que la acerque á la mariposa?

Un célebre materialista, Lamarck, justamente considerado como el precursor de Darwin, dice: «¿No es posible que los *fluidos sutiles* de un cuerpo viviente confluyan en un punto y acumulen los materiales necesarios para formar un nuevo órgano?»

Esto es lo mismo que si á un campesino cualquiera se

le ocurriese el preguntar: «¿No es posible que los *fluidos sutiles* que constituyen el oro confluyan en un punto y acumulen los materiales necesarios para formar una montaña de oro.»

Esto parecería sin duda absurdo.

Sin embargo, el raciocinio del campesino, á quien se despreciaría como á ignorante, no se diferencia en nada del raciocinio de Lamarck, á quien se respeta como sabio.

Por último, otro filósofo materialista y darwinista, Huxley, para hacer ver que el hombre descende del mono, desenvuelve con gran aparato científico el siguiente asombroso argumento: «Supongamos, dice, que hay un viajero que logra vencer las dificultades del espacio y llegar á la luna, vg. Este viajero, en un barril de ron lleva un ejemplar de la especie *hombre*. Al llegar á la luna tropieza con naturalistas á quienes le presenta el ejemplar *hombre*. Y ¿qué dirán los naturalistas al examinarlo? Que el ejemplar *hombre* pertenece al género de los mamíferos y lo afiliarán en la especie *mono*.»

Es el único argumento que Huxley, calificado de sabio naturalista, tiene para demostrar que el hombre no es ni más ni menos que un mono degenerado ó perfeccionado.

Tal es el sistema de Darwin. Veán ahora nuestros lectores si no teníamos razon sobradísima para comenzar asegurando que este sistema no solo es absurdo, sino degradante por añadidura.

Ahora debemos advertir que Darwin, á principios del año pasado, solicitó ser admitido como miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de París. Esta Academia, que tan poco escrupulosa se muestra cuando se trata de patrocinar errores, rechazó la solicitud de Darwin por considerar que no podía menos de deshonrarse admitiendo en su seno á un hombre que funda toda su celebracion en haber intentado degradar á la humanidad, suponiendo que el hombre y el mono son una misma cosa.

Y ¿por qué no ha de hacerse en España lo que sin mengua, y ántes con mucha honra, ha podido hacer la Academia de París?

El darwinismo es una impiedad, un absurdo, un oprobio, y además una degradacion. Condenarlo es defender la Religion y á la vez la dignidad humana. Esto es lo que ha hecho el Sr. Arzobispo de Granada. ¿Qué calificacion merecerán por lo tanto los que impugnan al señor Arzobispo de Granada? Esto lo dirá el buen juicio de nuestros lectores.

## SECCION DE TEOLOGÍA MORAL Y MÍSTICA.

### CASOS DE CONCIENCIA.

#### PRIMER CASO.

Recibimos la siguiente consulta:

«Un Sacerdote obtiene, con el título de Vicario perpétuo, un curato exento del ordinario y dependiente de una corporacion de seis Eclesiásticos con su presidente ó Cura mayor. Segun la Bula de fundacion, que es del Papa Clemente VII, dicho Vicario perpétuo *no tiene obligacion de aplicar la misa por el pueblo* en los dias festivos. Esta obligacion recaía sobre los Eclesiásticos que, como Beneficiados, componian la corporacion, los cuales, cada dia, por turno, aplicaban una misa *pro populo*.

Andando el tiempo, por falta total de rentas, se disolvió esta corporacion, y el Vicario perpétuo, que no podía abandonar el pueblo, se quedó naturalmente al frente de la parroquia. ¿Tendrá obligacion de aplicar la misa como si fuese un verdadero Cura párroco?»

Esta cuestion no puede resolverse sin saber ántes cual es